

LECTURAS DESDE EL ARCHIVO

UNA TEORÍA EN (DES)CONSTRUCCIÓN

Graciela Goldchluk | gracielagoldchluk@gmail.com

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata. Argentina

Recibido: 3/4/2019 | Aceptado: 19/7/2019

RESUMEN

El trabajo explora nociones teóricas en relación con los archivos latinoamericanos para postular una política de lectura basada en una economía de la emergencia que se aparta del utilitarismo como fin último. Para ello, acude a la experiencia de la autora con el archivo de manuscritos de Manuel Puig y a los archivos de la memoria del activismo por la diversidad sexual y el feminismo consignados en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CeDInCI).

PALABRAS CLAVE

Archivos de escritores; Crítica genética; política de lectura; emergencia; disidencias sexogenéricas

READINGS FROM THE ARCHIVE

A THEORY IN (DE)CONSTRUCTION

ABSTRACT

The paper explores theoretical notions in relation to Latin American archives to postulate a reading policy based on an emergency economy that departs from utilitarianism as the ultimate goal. For this purpose, it goes to the author's experience with Manuel Puig's manuscript archive and the archives of the Memory of the activism for sexual diversity and feminism recorded in the Center for Documentation and Research of the Culture of the Lefts in Argentina (CeDInCI, by its acronym in Spanish)

KEYWORDS

Writer's archives; genetic criticism; reading policy; emergency; gender dissidence

«Habrán terminado su trabajo cuando el archivo no tenga más necesidad de ustedes.»
Jacques Derrida (2013)

Tal vez la novedad de este comienzo de milenio se trate, en definitiva, de una cuestión de archivo. ¿Qué cosas se nos pasaron por alto? ¿Qué es aquello que no podía ser nombrado, no por prohibición sino porque no se veía? Cuando hablamos de prácticas que estaban *naturalizadas*, nos referimos a aquello de cuya existencia no teníamos noticia pero que, sin embargo, había dejado una huella que, años más tarde, emergió con sentidos que no tenía en el momento de ser trazada. Es una característica del archivo contener un exceso —o un resto— que no puede ser traducido en términos semióticos. Hans Ulrich Gumbrecht (2005) lo llama producción de presencia y Jacques Derrida (1997) encuentra en el fracaso de una explicación, que da Sigmund Freud sobre el gasto inútil de tinta para hablar de lo archisabido, el tiempo del archivo: el futuro anterior que encierra un presente imposible, el tiempo del anacronismo. Lo que *habrá sido* es lo que todavía no sucedió y queda, en virtud de un pasado que no cierra, abierto al porvenir.

Una primera cosa que se deduce de lo anterior es que deberíamos guardar, proteger del olvido y la destrucción, pero ¿todo? No solo es imposible sino que es indeseable. He aquí el primer problema del archivo, cuando todo parece archivable nos damos cuenta de que la tecnología nunca se trató únicamente de una técnica, sino de la distribución de un poder. Las mujeres lo sabemos bien porque fuimos excluidas sistemáticamente del dominio de toda tecnología posible: desde la lectura y la escritura hasta la mecánica automotriz, por no hablar de las tecnologías parlamentarias a las que accedimos en la Argentina hace menos de ochenta años.

Aparece en mi reflexión una primera cuestión de archivo, que es también una cuestión de organización y, por lo tanto, de jerarquía: ¿por qué no

hacer una nota al pie con eso de las mujeres y seguir con mi tema, sin desvíos? Y es acaso porque la irrupción del movimiento de mujeres en alianza con las disidencias sexogenéricas vino a resquebrajar el archivo de todos los archivos, que es la lengua. Más precisamente, si como señaló Michel Foucault (1960), el archivo es «el sistema general de la formación y transformación de los enunciados» (p. 221), en este punto del mapa en que nos encontramos, como hablantes del español o de una cierta «variación» del español que no será nunca nuestra lengua, la impertinencia de irrumpir en la transformación de los enunciados desencadena la puesta en cuestión del sistema de formación y de información que es posible producir y hacer circular. Me permito recordar un episodio de 2009, cuando quise explicar la noción de sobreentendido aludiendo a la consigna «Todos somos el campo», que se había generalizado el año anterior en rechazo del cobro de retenciones a la exportación de granos.¹ En la diapositiva que mostré, transformé esa consigna en «Todos y todas somos el campo», lo que ocasionó la indignación de un estudiante que después de argumentar que la Real Academia Española había desaconsejado ese uso (hoy lo acepta, tal vez para no pronunciarse por el *todes*) abandonó la clase. Mi pregunta era porqué la expresión «todos y todas» resultaba irónica en esa formulación y no lo era si yo escribía «Todos y todas tenemos derecho a estudiar». Claramente no era una cuestión femenina, el problema era que por la grieta que abría el género se desarmaba el universal y se colaban los peones, los trabajadores golondrina, los niños explotados en las plantaciones y, ya que estamos, las mujeres campesinas que defienden el derecho a la soberanía alimentaria frente al avance indiscriminado de la soja. Es por eso que hoy, diez años después de esa reflexión, no puedo escribir mujeres sin

¹ El Proyecto fue enviado al Congreso por la Presidenta Cristina Fernández de Kirchner el 17 de julio de 2008, a fin de que los legisladores ratificaran o no la Res. 125/08 dictada por el Ministro Martín Lousteau que creaba un Fondo de Redistribución Social con la recaudación que excediera el 35 % de las retenciones a la soja y sus derivados.

modelizar «en alianza con las disidencias sexogenéricas», a la espera de una cierta estabilización del archivo que me permita nombrar eso que ya no queremos ser, eso que habrá sido cuando miremos hacia nuestros días.

Entonces, las mujeres y las disidencias que agitan el archivo, pero también específicamente travestis, lesbianas, feministas, gays, transexuales, que reúnen sus archivos al abrigo de una institución como el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CeDInCI),² ponen en escena que el «impulso de archivo» que describe Hal Foster (2016) es en nuestro ámbito una emergencia, en el doble sentido de algo que sale a la luz (precisamente por ese impulso de mostrar «no importa qué» al que alude Foster, dado que estamos poniendo en cuestión quién decide qué) y de algo que debemos hacer de inmediato porque es necesario que se haga, que alguien lo haga.

LA ECONOMÍA DEL ARCHIVO

Durante la escritura de mi tesis doctoral, cuyo asunto era el estudio de algunos manuscritos de los muchos que Manuel Puig había conservado a lo largo de su carrera y de sus mudanzas, una pregunta era repetida una y otra vez por los profesores interesados en esa obra: ¿por qué habría guardado Puig todos esos papeles? Esa pregunta escondía otra, ¿para qué los guardó?, y por lo tanto ¿de qué sirve leer todo eso? En ese momento me era dado responder a la última pregunta a partir de la escuela francesa de la crítica genética, difundida en nuestro país por el trabajo pionero y

2 Hoy este Centro alberga un Programa de Memorias Feministas y Disidencias Sexogenéricas, algo impensable en 1976, cuando frente al golpe de Estado, su futuro fundador Horacio Tarcus decidió enterrar sus documentos de militancia de izquierdas, y el diálogo con las disidencias sexuales sólo tenía lugar en El beso de la mujer araña (Puig, 1976).

magnífico de Élica Lois.³ El aparato crítico y metodológico que despliega la crítica genética (una disciplina que estudia los procesos de escritura literaria) me permitió el ejercicio académico de escribir una tesis para obtener el grado de Doctora en Letras; el análisis de manuscritos pertenecientes a lo que llamé la «etapa mexicana», que abarcó los primeros cuatro años de exilio de Manuel Puig me permitió ver la presencia de la política en las tachaduras, en los soportes de escritura, en las operaciones de adaptación y autocensura, en las estrategias para restablecer lo que llamé un «diálogo interrumpido» con el lectorado argentino. Este logro fue reconocido por el jurado que aprobó la tesis sin recomendar su publicación debido a que el estudio era demasiado especializado como para interesar a un público más amplio, ya que incluía la transcripción de una cantidad inusitada de apuntes inútiles.⁴ El reconocimiento era justo, yo había obtenido un rédito de ese archivo, lo había interpretado y por eso merecía un grado académico; lo que seguía sin respuesta era por qué Puig había guardado eso y, de manera transitiva, por qué yo, una vez seleccionadas las cuatro carpetas con documentos aprovechables para mi tesis, seguía yendo al domicilio familiar para organizar y describir lo que resultó ser algo más de mil quinientas hojas distribuidas en novecientas y tantas carpetas, cada una con una descripción archivística y de contenido. Para cuantificar la experiencia, diré que me

3 Lois fue la introductora de la crítica genética en Argentina. Primero en su trabajo junto a Ana María Barrenechea y, luego, en sus propios seminarios de la UBA y al frente de la cátedra de Filología Hispánica en la UNLP. Además de sus ediciones geneticistas, entre las que se destaca una edición única del Martín Fierro para la colección Archivos, le debemos una temprana recopilación de los principales exponentes de la teoría francesa en diálogo con trabajos argentinos, para un número especial de la revista Filología (1996), y el primer libro sobre crítica genética escrito en español y desde una perspectiva latinoamericana (2001).

4 La tesis, que se puede leer en *Memoria Académica*, incluye un apéndice con las imágenes y transcripción de una serie de apuntes manuscritos que exceden en mucho los que son expresamente analizados. Cuando años después se publicó por la Universidad Nacional del Litoral, por intermediación de Analía Gerbaudo, ese anexo no fue incluido en el libro.

tomó cinco años transitar el doctorado, y trece años la descripción del conjunto de documentos. En el camino de ese trabajo, al que dedicaba una o dos tardes por semana, jamás dudé de la necesidad de continuar hasta el final. La familia se encargó de digitalizar el contenido y yo de describirlo según normas AACR2, explicadas por Mónica Pené, magister en Archivística y con quien dimos comienzo a sucesivos proyectos de investigación que justificaran la persistencia de un trabajo absurdo, sospechado de inútil.

La situación del Archivo de manuscritos Manuel Puig es tan singular como la de cualquier archivo que haya quedado en manos de la familia, sin la mediación de una fundación u otra institución. Los manuscritos y otros documentos (fotos, recortes periodísticos, biblioteca, discoteca y videoteca) quedaron siempre en el domicilio particular de la madre, luego en el del hermano, sin ninguna promesa de institucionalizarlo, situación que se logró unos años después.⁵ Lo que siempre fue un poco más particular — pero no exclusivo— de la familia Puig fue la predisposición para abrir el acervo documental a los investigadores y las investigadoras que quisieran consultarlo, al punto de poner en peligro la integridad y principio de orden original por manipulación que, aunque era cuidadosa, era cada vez más frecuente. De ese modo, el primer movimiento fue de salvaguarda, retiro de ganchos metálicos y alfileres que pudieran dañar, y organización en carpetas que a la vez que conservaban el orden original permitieran preservar el papel; es así que los manuscritos pertenecientes a una carpeta en la que Puig había guardado todos los papeles de determinada novela se almacenaron en sucesivas camisas de papel libre de ácido correspondientes a cada capítulo. Este trabajo comenzó durante la preparación de un tomo especial de *El beso de la mujer araña* para la colección Archivos, momento

5 A partir de 2004, la Facultad de Humanidades se convirtió en domicilio institucional del Archivo Digital Manuel Puig, que consta de más de quince mil imágenes de manuscritos literarios, a partir de 2017 en acceso abierto en el portal ARCAS de fuentes útiles para la investigación, dependiente de la Facultad de Humanidades.

decisivo porque al ser acompañado de un CD-Rom con el total de imágenes digitalizadas, hizo de Carlos Puig, albacea en primer término y luego heredero, y su hija Mara Puig, tomaran a su cargo comenzar a digitalizar todos y cada uno de los papeles que componen el archivo. Frente a tamaña tarea a cargo de la familia, era necesario acompañarla con una descripción minuciosa y a la vez normativizada, a fin de que alguna vez este material, que abarca soportes y modalidades de escritura protagonistas del siglo XX y hoy cada vez menos frecuentes (en su mayoría máquina de escribir manual, pero también máquina eléctrica, fotocopias y cables de agencia de noticias) pudiera integrarse y dialogar con otros archivos del siglo XX. Si una cosa tiene el archivo de Manuel Puig es que es testigo, en su propia materialidad, de las formas que adoptó la escritura para comunicarse durante la segunda mitad del siglo pasado, ya que abarca un rango de fechas desde 1950 a 1990 y eso es un valor en sí mismo. Entonces, frente al trabajo de la familia, alguien tenía que hacerse cargo de sostenerlo con una tarea solidaria, de igual a igual y en diálogo.

Más allá de las peculiaridades, más allá de la notoriedad de la firma que sostiene un archivo, a lo largo de los encuentros que por fortuna se comienzan a realizar alrededor de los llamados fondos o archivos personales, este es el «impulso de archivo» que he podido constatar en muchas investigaciones. Ya sea con respecto a la herencia de papeles de un familiar encontrada en el propio hogar o frente al hallazgo más o menos casual en un lugar de trabajo, o una convocatoria que solo ofrece la posibilidad de organizar aquello que sabemos que no es ni será *nuestro*, la impresión, el impulso o el mandato que no viene de ninguna parte, es que *alguien tiene que hacerlo*. Con esto no estoy dejando de lado el lugar de las archivistas, sino que constato que en una sociedad en la que el Estado no se decide a hacerse cargo de la memoria colectiva, más allá de que efectivamente pudimos ver momentos de mayor esperanza que no cuajaron en políticas sostenidas, alguien tiene que hacerlo, y lo hace.

Quisiera, entonces, detenerme en el tipo de economía que supone el trabajo de archivo, tanto en los casos comentados en los que se debe construir un archivo como en aquellos en los que se enfrenta la tarea de leer desde el archivo. Cuando insisto en la explicación de hacer algo porque alguien tiene que hacerlo es porque toda búsqueda de condiciones materiales para llevarlo a cabo queda subordinada a esa necesidad de hacer algo «sin para qué».⁶ La apuesta que hace el archivo frente al porvenir es tan alta que no importa; no sabemos lo que vamos a encontrar, si lo supiéramos no tendríamos necesidad del archivo. En esta economía el porqué es tautológico y el para qué es el de una destinación sin destinatario: un verdadero archivista (todas y todos podemos serlo) trabaja para el porvenir, se detiene inventariando detalles y sólo colocará su firma para responder por la veracidad de sus afirmaciones. Por lo demás, trabaja para desaparecer, tal como recuerda Derrida (2013) a sus colegas del *Institute des Textes et Manuscrits Modernes (ITEM)*: «Habrán terminado su trabajo cuando el archivo no tenga más necesidad de ustedes» (p. 215).

Se comprende fácilmente la molestia que provoca la insistencia de los archivos personales, esos papeles que debieron ser destruidos naturalmente una vez que ya hubieron cumplido su función, sea esta escribir una obra literaria o alertar sobre los travesticidios y convocar a una marcha. Eso ya se hizo, ya se levantó acta pública (es decir que se publicó una obra con depósito legal de ISBN o se publicó algo sobre la marcha en un periódico, o su represión quedó asentada en un acta policial) pero los papeles siguen, como un resto no biodegradable que se resiste a entrar en la corriente explicativa de la época. Es entonces que con el tiempo comenzamos a sospechar que una lectura desde el archivo implica un movimiento anticapitalista, una resistencia intrínseca que no solo pone en duda la organización temporal que rige nuestra economía, que hace

⁶ Este verso pertenece a «El último café», tango de Cátulo Castillo que expresa de ese modo la destinación sin destinatario a la que nos referimos.

surgir anacronismos y ralentiza su lectura hasta la exasperación, sino que viola el principio mismo del utilitarismo que en el contexto capitalista gana, como dejó escrito Walter Benjamin [1921] (2016) en una hoja manuscrita que recogieron sus archivistas, su coloración religiosa.

En ese contexto se inscribe lo que Werner Hamacher (2011) nombra como un «afecto antifilológico» de las humanidades, un afecto que se aparta de esa «amistad con un lenguaje que aún no ha adquirido un contorno definido, una forma estable, y que no se ha convertido en instrumento de significados ya previamente fijados» (pp. 3-4). Ese modo de leer es el que reivindicamos como necesario para nuestros archivos. No se trata de ninguna manera del deseo que edificar una teoría que se sobreimprima un archivo ya dado o que justifique la búsqueda de rarezas o de insignificancias (el primer movimiento que solemos tener al llegar a un archivo es de desencanto porque no encontramos nada aparentemente interesante, no hay por lo general ninguna *novedad* ni la revelación de algo *oculto*, sino con frecuencia solo más de lo conocido pero levemente desplazado), sino de ejercitar una mirada archifilológica (Antelo, 2015). Tenemos necesidad de una lectura que genere un lugar para esos retazos de cultura no biodegradables que decidimos guardar para dar a ver, pero es una lectura donde el tiempo se espacializa, donde es imposible pensar en ir para adelante sin ver dónde pisamos o imaginar que el tiempo corre siempre en un solo sentido y a la misma velocidad en cada lugar del planeta.

Una imagen surgida en el corazón de Wall Street viene a sumarse de manera intempestiva a estas reflexiones sudamericanas. Frente a la escultura de un toro de bronce que se encuentra emplazada en lo que fácilmente puede figurarse como el emblema del neocapitalismo financiero apareció, el 8 de marzo de 2017, una pieza de bronce que representa una niña mirando de frente [Figura 1], con el objetivo explícito de llamar la atención sobre la desigualdad de oportunidades para las mujeres en la dirección de empresas. El encargo financiado por una compañía fue acusado de golpe

publicitario y el autor del toro inició una demanda para que retiraran a la niña que desvirtuaba el sentido de su obra, la cual, desde su aparición en 1989, buscaba «rendir homenaje a la capacidad de reponerse y la actitud de las que hicieron gala los Estados Unidos de América después del desplome bursátil de Wall Street de 1986» (Barraclough, 2018, s. p.).

Lo que esa «niña sin miedo», como fue bautizada la obra, hubiera querido significar pierde importancia frente a lo que produjo. La niña resignificó al toro por desobediencia de un orden «natural»: en lugar de dejar paso se

puso en su camino y los visitantes encontraron en su fragilidad y en sus rasgos latinos la emergencia de una realidad que quisieron anotar, al punto de lograr mediante petitorios que en lugar de un mes, como estaba previsto, se quedara hasta enero de 2019, cuando fue trasladada para hacer frente al edificio de la Bolsa. Frente al encargo de realizar una obra que mostrara una mujer poderosa, la artista uruguayo-norteamericana Kristen Visbal eligió a la hija de una amiga suya como su modelo [Figura 2]. Es así que el encargo de mostrar el lugar de integración de las mujeres (blancas, propietarias y heterosexuales) en el capitalismo financiero fracasa porque la escultora

Figura 1. *Niña sin miedo* (2017), Kristen Visbal. Wall Street, Nueva York (en Asenador, 2017)



nació en Uruguay y es allí donde tiene una amiga. La inscripción a los pies de la niña: «Conoce el poder de las mujeres en el liderazgo, ellas marcan la diferencia», resta como testimonio del encargo que dio lugar a la obra. Es interesante que sea una niña, alguien que no se incorpora al sistema productivo, quien haga frente a la fuerza arrolladora del toro financiero. Ella no es una *matadora*, sino alguien que permanece dando testimonio, no del lugar de las mujeres en el liderazgo sino solo de su propia existencia.

Figura 2. *Niña sin miedo* (2017), Kristen Visbal. Wall Street, Nueva York (en Barraclough, 2018). Foto: Michael Fitzsimmons / Alamy Stock Photo



REFERENCIAS

Antelo, R. (2015). *Archifilologías latinoamericanas*. Villa María, Córdoba: Eduvin.

ARCAS. (s. f.). *Portal de acceso abierto de fuentes útiles para la información*. Recuperado de <http://arcas.fahce.unlp.edu.ar/arcas/portada/colecciones>

Asenador, S. (2017). El creador del toro de Wall Street quiere que la «Niña sin miedo» se aparte de su camino. Recuperado de <https://www.expansion.com/sociedad/2017/04/15/58f2774622601daf678b4630.html>

Barraclough, E. (2018). El Toro de Wall Street contra la Niña sin miedo: los derechos morales en el ámbito del derecho de autor. *OMPI Revista*. Recuperado de https://www.wipo.int/wipo_magazine/es/2018/02/article_0003.html

Benjamin, W. [1921] (2016). *El capitalismo como religión*. KATATAY, X(13/14), 178-191. Recuperado de https://www.academia.edu/26906633/Walter_Benjamin_El_capitalismo_como_religio_n._Traducci%C3%B3n_notas_y_estudio_de_Enrique_Foffani_y_Juan_Ennis

Derrida, J. (1997). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid, España: Trotta.

Derrida, J. (2013). Archivo y borrador. En G. Goldchluk y M. Pené (Comps.), *Palabras de Archivo* (pp. 205-233). Santa Fe, Argentina: Ediciones Universidad Nacional del Litoral, CRLA-Archivos.

Foster, H. (2016). El impulso de archivo. *Nimio*, (3), 102-125. Recuperado de <http://papelcosido.fba.unlp.edu.ar/ojs/index.php/nimio/article/view/351>

Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber*. Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno.

Gumbrecht, H. U. (2005). *Producción de presencia. Lo que el significado no puede transmitir*. Ciudad de México, México: Universidad Iberoamericana.

Hamacher, W. (2011). *Para-la filología. 95 tesis sobre la filología*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Miño y Dávila.

Lois, É. (Comp.). (1996). *Filología. Número especial dedicado a la Crítica Genética*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso.

Lois, É. (2001). *Génesis de escritura y estudios culturales*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edicial.

Puig, M. (1976). *El beso de la mujer araña*. Barcelona, España. Seix Barral.